

Inclusión educativa: construyendo caminos para la atención a la diversidad

Adriana Paola Vera Hernández
Maestrante en Pedagogía
Universidad Mariana

“No se trata de tener derecho a ser iguales, sino de tener igual derecho a ser diferentes”

En cuanto inicié el camino para convertirme en maestra, sabía que no iba a ser una tarea sencilla, desde las primeras prácticas pedagógicas se empieza a vislumbrar la gran responsabilidad que conlleva esta profesión; como lo señala Montessori: “Si la ayuda y la salvación van a llegar solo puede ser a través de los niños, porque ellos son los creadores de la humanidad”. Enorme responsabilidad, ya que por nuestras manos pasan cientos de aquellos pequeños que serán el futuro de nuestro país.

Miles de preguntas pasan por nuestras mentes a medida que avanzan los años y nos encontramos de frente con la realidad latente; pero todo tiene un inicio y se puede decir que lo que empieza bien, termina bien y en mi caso personal, las cosas no pudieron empezar de mejor manera.

Es así como recibí las mejores herramientas, de excelentes manos, tuve la fortuna de compartir camino con los más destacados maestros de estudios, en sus aulas me formé con carácter y disciplina, rigurosidad, amor y vocación por lo que se realice.

¿Disciplina?, esa que no entendía al inicio de la carrera, y a la que un maestro le daba tanta importancia, a medida que fue pasando el tiempo, sus palabras retumbaban en mis oídos y fuimos pocos los que terminamos el camino, pero lo terminamos en excelencia.

De ahí lo más intimidante salir y hacerlo sostenible, aplicar todas esas teorías, recordar a cada uno de esos autores, enseñanzas, consejos, vivencias, sin embargo,

en esta instancia, puedo decir, lo hago posible día a día: paro, reflexiono y continuo.

Así es cómo, en la vida laboral nos encontramos con estudiantes que son un reto dentro de nuestras aulas, mal llamados 'estudiantes de inclusión' o con diversidad funcional. La diversidad, entendida como la distinción que hay entre una persona y otra, tamaño responsabilidad, es la que ejerzo y me hace sentir que estoy en el lugar donde soñé, aunque mis estudiantes son como los dedos de la mano, todos tan únicos, tan diferentes y tan necesarios. Es ahí donde el docente investigador nace, esa era la sensación de la que mis maestros hablaban, ahora no es un requisito más para obtener un título, es la vida misma y se constituye en el momento de dejar una huella única en la enseñanza.

Mi trabajo lo llevo a cabo en el Colegio Gimnasio Los Andes, un hermoso lugar, rodeado de verde y tranquilos campos, un plantel de carácter privado, personalizado, ubicado a las afueras de la ciudad de Pasto, donde se empieza a divisar pinceladas de nuevas formas de enseñanza basadas en la neuroeducación y puertas abiertas para realizar proyectos que beneficien en sí a toda la comunidad educativa.

Como es bien sabido, el conocimiento se genera por la interacción de múltiples actores, es así que, de la mano de Anayaci Salas, docente de la institución, mujer de mente abierta y privilegiada, inicié el camino para crear dentro de la institución, una nueva figura: Gestor de Inclusión; con su ayuda y conocimiento implantamos una nueva forma de ver la educación inclusiva dentro de un aula de clases.



Estudiante Colegio Gimnasio Los Andes.
Fuente: Adriana Vera.

Con beneplácito, las directivas, padres de familia y estudiantes, acogieron el proyecto, ya que el colegio cuenta con un número importante de niños y jóvenes en situaciones de diversidad funcional; se habla en un nuevo lenguaje, hay un tiempo determinado para el proyecto en reuniones y eventos institucionales.

Poco a poco conozco los casos y es impresionante la diversidad que se presenta en una institución tan pequeña; es aquí donde me acerco, estoy sumergida con los sujetos, conozco seres con capacidades excepcionales, que me enseñan que rendirme no es una opción.

Desde la perspectiva constructivista se puede entender que un estudiante no nace con ciertas características que van a definirlo como bueno o malo, sino que se construye a lo largo de su vida escolar; observar, detenerse, entender cómo un niño con síndrome de Down es apartado, estigmatizado y alejado de un grupo social, pero a su vez, en su inmensidad, perdona, olvida y se entrega en su cotidianidad a sus compañeros y profesores, a cambio de un poco de atención y amor.

Enseñar desde diferentes perspectivas el autocontrol, el amor propio, la confianza en sí mismo, fue el pilar central de este proyecto, más allá de adaptaciones curriculares, ejercicios de funciones ejecutivas para mejorar las

capacidades cognitivas de estos estudiantes, fue en realidad, brindar un apoyo dentro del colegio, donde poder acudir cuando se sienten agobiados, cuando no encuentran salida, encontrar una amiga, una persona dispuesta a luchar por sus derechos, pero aun así, exigiéndoles sus deberes, porque la reflexión aquí, radica en que, al niño o niña de diversidad funcional no se lo debe pasar de grado en grado porque no va aprender o porque como en múltiples ocasiones escuche la afirmación “su cabeza no da más”; sino por el contrario, se debe enseñar responsabilidad, cumplimiento, llegar hasta donde ellos puedan, empoderarlos y darles las herramientas para que en un futuro, sean tan independientes y útiles a la sociedad como cualquiera de nosotros.

No fue un año escolar fácil, se lucha contra la ideología del profesorado, la sobreprotección de los padres de familia y un sistema educativo para nada inclusivo, pero como docente sé que llegué al corazón de mis estudiantes, estuve ahí, fui su apoyo... entrego personas un poco más autosuficientes, poderosas y con una inteligencia emocional mejorada, porque el secreto no está en el aprendizaje teórico sino en el aprendizaje para la vida.



Fuente: Freepik